

te y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él. Dale esta respuesta; y diciendo esto volvióse á zabullir entre las sábanas, y tardó muy poco en volverse tambien á dormir.

A las once y media se levantó, y se vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba que le siguiese; pero no pude resistir á la curiosidad de ver en qué paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el Prado de San Gerónimo, donde ví á lo léjos á Don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y ví que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la riña, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por Don Lope, quien con una estocada pasó de parte á parte á mi amo; dexóle tendido en tierra, y se escapó muy satisfecho de haber tomado venganza. Corrí exhalado á Don Matias; halléle sin sentido y casi muerto: espectáculo que me enterneció, y no pude ménos de llorar una muerte de la qual sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de eso y de mi justo dolor, no dexé de pensar en hacer lo que me convenia. Volvíme prontamente á casa sin decir palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el qual por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia

nia depositado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oír; pero sobre todo fuí á contársela á Rodriguez. Este ménos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de Don Matias, mandólos que le siguiesen, y fuímos todos al lugar de la pelea. Levantámos á Don Matias, que aun respirába; llevámosle á casa, y murió tres horas despues. Tal fué el trágico fin del señor Don Matias, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos y fabricados por él.

CAPITULO IX.

Del amo á quien fué á servir Gil Blas despues de la muerte de Don Matias.

Algunos dias despues del entierro de Don Matias fuéron pagados y despedidos todos sus criados. Yo entablé mi alojamiento en casa del barberillo, con quien contraxe estrechísima amistad. Prometiame estar allí con mas gusto y con mayor libertad que en casa de Melendez. Como tenia algun dinerillo, no me dí priesa á buscar nueva conveniencia. Por otra parte me habia hecho muy delicado en este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria primero exâminar bien el em-

empleo á que me destinasen. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido á que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y petimetre.

Esperando á que la fortuna me presentase una casa qual me imaginaba yo merecia, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que dedicándome á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañámos los dos tan graciosa como pacíficamente. No me pasó por el pensamiento volver á hacer el papel de Don César de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas quando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre Don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peynado y afeytado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion la habia hablado. Exclamó luego que me vió: ¿qué milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño, porque creí que te habias muerto ó te habias perdido. ¿En siete ú ocho dias no has tenido tiempo para verme? Bien se conoce que no abusas de las licencias que te conceden las damas.

Excuséme con la muerte de mi amo, y con las ocupaciones que ocurriéron, añadiendo muy cortesantemente que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo así, me dixo ella,

ella, se acabáron ya las quejas, y te confesaré que tambien yo te he tenido muy presente. Luego que supe la desgracia de Don Matias se me ofreció un pensamiento, que acaso no te desagradará. Dias há que oí á mi ama el gusto que tendria en encontrar un mozo que entendiese de cuentas y economía para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregase para el gobierno y gasto de la casa. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mí (respondí yo) que le desempeñaria á las mil maravillas. He leído las *Economías de Aristóteles*, y por lo que toca á llevar una cuenta ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia (añadí) una sola dificultad tengo para entrar en el servicio de Arsenia. ¿Qué dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse yo, no servir jamas á gente comun; y lo peor es, que lo juré por la Laguna Stigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú quanto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quien llamas gente comun? replicó Laura con mucho sacudimiento. ¿Por quiénes tienes tú á los comediantes? ¿parécete que son por há algunos Abogadillos ó algunos Procuradores? Sábeta, amigo mio, que los comediantes son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personages de la Corte.

Siendo así, la dixe yo, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinás; pero

con

con tal que no me degrade, ni me haga ménos de lo que soy. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un petimetre al servicio de una heroína de teatro es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma línea con las personas de la primera distincion: los mismos equipages, la misma mesa, y en el fondo es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un Marques y un comediante en el discurso de un día, vienen casi á ser la misma cosa. Si el Marques en las tres partes del día es superior al comediante, el comediante en la otra parte es muy superior al Marques, porque representa el papel de Emperador ó de Rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la Corte. Así es verdaderamente, respondí yo; sin duda que estais á nivel los unos con los otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí; y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro repuso ella, y no tienes mas que volver de aquí á dos dias. Tomo este tiempo para ir disponiendo á mi ama á que te reciba. Hablaréla en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado á que lograré que entres en casa.

Díla las gracias por su buena voluntad, asegurándola quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con expresiones tales que no podía dudar

dar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decirla la llamaba su ama. Separámonos; y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de escupir en Corte. No dexé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando, me dixo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á un quarto compuesto de cinco ó seis salas, á qual mas rica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Qué luxo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en el quarto de alguna Vireyna, ó por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo amontonadas en aquel quarto. Lo cierto es que habia en él lo mas precioso de todas las Naciones, tanto que se podía definir con mucha propiedad: *el templo de una Diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y mas precioso de su respectivo pais.* Descubrí la Deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso *desabillé*, y ocupaba sus bellísimas manos en acomodar un primoroso tocado para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, la dixo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á Vmd. que seria difícil encontrar otro que fuese mas á propósito.

Mi-

Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la fortuna de que no la desagradé. Como así, Laura (exclamó ella) ¿quién te dió noticia de tan bello mozo? ya estoy viendo que me hallaré muy bien con él. Y volviéndose á mí: querido (me dixo) tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me conviene. Solo tengo que decirte una palabra: ¿estarás contento de mí si yo lo estuviere de tí? Respondíla que haria quanto estoviese de mi parte para darla gusto en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

CAPITULO X.

El qual no es mas largo que el antecedente

Era poco mas ó ménos la hora de la comedia. Díxome mi nueva ama que la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entrámos en su vestuario, donde se despojó del vestido que llevaba, y se puso otro magnífico y como lo requeria su papel. Quando comenzó la representacion me conduxo Laura á un sitio de donde podíamos oír y ver perfectamente. Gustáronme poco los far-santes por la mayor parte, sin duda porque ya estaba preocupado contra ellos en virtud de lo que habia oido á Don Pompeyo. Con todo eso fuéron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Te-

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro. Mas no contenta con nombrarlos, añadía siempre algun repulgo satírico correspondiente á cada uno. Este (decía) es una mala cabeza; aquel es un insolente. Aquella melindrosa que ves, cuyo ayre es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fué muy mala recluta para la compañía. Había de ir con la que se estaba formando de órden del Virey de Nueva España, y partir incessantemente para la América; pero se quedó acá por nuestra desgracia. Mira bien aquel astro luminoso que se adelanta, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda, y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiéra contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta Reyna de Egipto, podría haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin á cada qual fué aplicando Laura su parchecito, sin perdonar ni aun á su misma ama.

Sin embargo de esto (confieso mi flaqueza) estaba yo hechizado con ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenía de bueno. Hablaba de todos mal, con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo; y en vez de volver prontamente, se entretenía tras del teatro á recoger los requiebros y los galanteos que la decían los hom-

TOM. I.

RR.

bres.

bres. Una vez fuí tras de ella para observarla, y ví que tenía muchos conocimientos. Noté que tres comediantes uno tras de otro la detuviéron para hablarla, y observé que usaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida, comencé á sentir lo que eran zelos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura me lo conoció luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dexé? Tienes una cara triste y sombría, que me da en qué pensar. Y lo peor es, reyna mía, que es con sobrada razón la respondí. Me parece que andas algo suelta, y esto me dá que pensar á mí mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y muy divertida con los comediantes. . . Al oír esto dixo ella, soltando una grandísima carcajada: vamos claros, que es gracioso el motivo de tu tristeza. ¿Pues qué! ¿de tan poco te espantas? esto es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil bellas cosas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras andanzas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho ménos se usan zelos. En la nacion cómica los zelosos se llaman ridículos, y así apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas buena del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias, solicitándolas amistades &c.

Des-

Despues de haberme exórtado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de quanto viesse, me declaró que yo era el único y feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me protestó que me amaria siempre y únicamente. Despues de una seguridad como esta, de la qual podía yo bien dudar sin miedo de que me tuviese por hombre muy desconfiado, la ofrecí no sobresaltarme por nada; y con efecto cumplí honradamente mi palabra. Aquella misma noche la ví hablar en particular, reír y divertirse con varios hombres, sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvimos á casa con nuestra ama; y poco despues llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Ademas de Laura habia en casa otros tres criados; una cocinera, un cochero y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. El cocinero, que á lo ménos tenía tanta habilidad como la señora Jacinta, el ama del Canonigo de márras, dispuso las viandas juntamente con el cochero, que era al mismo tiempo mozo de cocina. La camarera y el lacayuelo pusiéron la mesa; yo cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vajilla de plata, y algunos vasos de oro: votos ofrecidos á la Deidad de aquel templo. Adornéla tambien con diferentes botellas de vinos exquisitos, haciendo de maestro sala y de copero, á fin de mostrar que era hombre para todo. Admiréme de ver el porte y ayre de

de las comediantas durante toda la cena. Parecian unas damas de importancia, figurándose ellas mismas unas mugeres de la primera distincion. Léjos de dar á los señores el tratamiento de *Excelencia*, no los daban ni aun el de *Señoría*, contentándose con llamarlos por sus nombres. Es verdad que ellos tenían la culpa, porque se familiarizaban demasadamente con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de heroe, los trataba tambien con mucha familiaridad: brindaba frecuentemente á su salud, y hacia los honores de la mesa. A fé (dixe entre mí) que quando Laura me dixo que un Marques y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir, que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo y juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres y burlonas. Escapáronselas mil dichos tiernos, y algo mas, mezclados con favorcillos y menudencias, bien recibidas y mejor interpretadas, por aquellos viejos pecadores. Miétras mi ama se zumbaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre otros dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con los que tenia á su lado. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo (que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad) quando se sirvieron los postres y la fruta. Entónces puse en la mesa las botellas de licores con los vasos correspondientes; y me retiré á cenar con

Lau-

Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dixo, ¿qué te parece de esos señores que has visto? Sin duda, la respondí, pienso que son los amantes de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son dos cortejantes de profesion, que hacen el amor á todas sin fixarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos que pagan muy caro las friolerillas que se les conceden. Florimunda y mi ama, gracias á Dios, están ahora sin amantes, quiero decir, de aquellos amantes que pretenden levantarse con la autoridad de maridos, y quieren para sí solos todos los gustos de la casa, precisamente porque hacen el gasto de ella. A mí me va bien con esta moda, y soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas cuenta tiene ganar poco á poco su equipage, que comprarle de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Quando á Laura la venia el prurito de hablar, (y la venia casi siempre) era irrestañable. Nada la costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil aventuras que habian sucedido á las comediantas, y conoçi por sus discursos que no podia estar yo en mejor escuela para enterarme perfectamente en los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos no causan horror, y añadiase á eso que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo descubria plaaceres y delicias. No tuvo tiem-

po para instruirme ni aun en la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroínas de teatro, porque no había mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y el comediante se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron me dió diez doblones mi ama, diciéndome: toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procura tratarnos bien. Señora, la respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida á toda la cuadrilla cómica. ¿Qué es eso de cuadrilla? repuso ella. Mira como hablas. No se debe llamar cuadrilla sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de vagamundos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre; solo á los cómicos de la legua se les puede llamar á veces una cuadrilla. Pedí perdón á mi ama de haber usado una frase tan poco respetosa, suplicándola que disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid, *colectivamente sumptos*, diría compañía, y jamás cuadrilla.

CAPITULO XI.

Del modo con que vivian entre sí los comediantes, y como trataban á los autores.

Al día siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por orden de mi ama compré buenos pollos, buenos capones, y otros pescadillos de semejante especie. Llevé á casa comida que bastaria para hartar á doce glotonos de profesion en los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de los guisados se levantó Arsenia de la cama, y se metió en el tocador, donde estuvo hasta medio día. Llegaron entónces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguiéron dos comediantas, Constancia y Leonor; un momento despues se dexó ver Florimunda acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo. El cabello roxo y rizado á la última moda, un sombrero á la inglesa, con su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados, y de tela rica; chupa bordada con flores de oro, y medio abierta, por donde se descubria una finísima camisa con finísimos encaxes; guantes, y pañuelo de cambrai delicadísimo, depositados en la guarnicion ó empuñadura de la espada; capa larga, terciada hácia las espaldas sobre el hombro,